

LA ORACIÓN

“Guardaos de rechazar al que os habla”
(Hb 12,25)

En los primeros siglos del cristianismo la oración era más sencilla y no menos profunda y contemplativa que en los siglos que siguieron a la Edad Media. La antigua y solemne catacumba se hizo una Iglesia abundante en molduras y en detalles exteriores e interiores.

Pero cuando uno mira estos grandes maestros de oración de “los grandes siglos de la espiritualidad”, comprueba que su progreso en la oración significaba, en definitiva, un avanzar en simplicidad y un abrirse más y más a la Palabra.

Dios nos ha dado su Palabra. Esta Palabra es Su Verbo, es la misma entraña de Dios. Y Dios quiere que Su Verbo se haga carne en nosotros. La oración es esta abertura de las entrañas a la Palabra y el dejarse positivamente fecundar por la misma y dejar en un movimiento interior de amor verdadero, que el Amor substancial diga con gemidos inenarrables: *Abba, Pater*.

La oración es este ritmo interior de recepción y donación de la Palabra. Y este ritmo es la expresión de un amor personal, profundamente verdadero, entre Dios y nosotros.

I) *La Palabra es recibida*

“Os recuerdo el Evangelio que os he anunciado, que habéis *recibido* y en el cual permanecéis firmes...” (1 Co 15,1).

“Recibid el yelmo de la salud y la espada del Espíritu, es decir, la Palabra de Dios” (Ef 6,17).

Recibir la Palabra es abrir las puertas del espíritu e introducirla en él. Dos factores conceden esa abertura, que presupone, por otra parte, el contacto con las Sagradas Escrituras, y son: la unidad espiritual subjetiva y el sufrimiento.

La unidad del espíritu

Cuando no se ha operado la interior sublimación de las potencias, el espíritu sufre la división, padece la interior multiplicidad. Cada facultad tiene entonces su voz, su palabra, su conversación y se torna a su vez centro dinámico y activo. Esta ascesis de la unidad es un ascenso en simplicidad y en verdad. Cuando un alma se abre profundamente a la acción sanante de la verdad comienza en ella el maravilloso proceso de la interior unificación. Captación objetiva de la esencia y de la existencia, adecuación real de la existencia a la esencia. Este es el proceso de la verdad conocida y vivida. Cuando se vive en la verdad uno huye de todo lo que es apariencia vacía, de todo lo que es artificial, de toda esa actitud ficticia aún en las cosas de nuestra vida sobrenatural. Todo es visto y llamado por su nombre, todo es puesto bajo la luz y todo se torna particularmente transparente.

Mientras se ama una apariencia, un disfraz individual o colectivo, que nos hace grandes o agradables a los ojos propios o ajenos dominados en un caso por la soberbia, en el otro por la concupiscencia, la verdad no está en uno y toda unidad es sólo aparente. En cambio es necesaria la profunda unidad que

lo somete todo en última instancia al Espíritu Santo. Todo es atraído hacia allí, todo emana de allí como de un centro único. Por eso la oración supone este trabajo de “ascesis de la unidad” y esta constante entrega al Espíritu Santo, pero no una entrega de palabra, o de una simple intención más o menos difusa, sino dejarse estructurar por su fuerza y su fuego. A veces es largo el camino hasta llegar a esta unidad: esfuerzos, rectificaciones, un enderezar los caminos e ir a la luz constante y tenaz. Otras veces en un instante se experimenta una misteriosa unificación, una mirada interior percibe en el alma la acción poderosa de una luz que todo lo ordena y lo reduce a un principio de síntesis.

El sufrimiento

A esta síntesis en torno a la verdad se añade un segundo factor que es decisivo en nuestra apertura a la Palabra, y es nuestra posibilidad y nuestra capacidad de sufrir. El sufrimiento nos torna o muy finos o espantosamente groseros; o muy abiertos o muy cerrados. Su fuerza interior es incalculable y es siempre un inmenso don de Dios. Sufrir es siempre una experiencia de angustia, de limitación y de la estrechez que impone la materia. Es ser colocado súbitamente en el cuadro pequeño y estrecho del espacio y del tiempo con todo su peso y sus contradicciones. El alma entonces se afina y se abre a una nueva región, y la Palabra es recibida como un mar ilimitado en que toda angustia es abrazada. Son a veces esas horas densas y tremendas en que en nuestro interior escenario se aglutinan los personajes como un pueblo sin orden y a la vez el mismo permanece solitario como una playa desierta. Es ese tocar con el dedo una y otra vez esa línea, ese límite entre el ser y el no ser, porque la angustia está en ese duro horizonte.

Cuando tenemos esa experiencia sentimos vivamente “que somos sacados fuera del campo y cargados con su oprobio” (*Hb* 13,13). Nos sentimos exiliados, arrojados fuera de la ciudad donde los seres humanos se hablan, se mienten, se unen y se separan. Fuera de los muros que circunscriben al ámbito de todos los intereses y quehaceres humanos. Nos sentimos molidos, pero sabemos que allí nos acompaña “su oprobio”, que nuestra angustia solitaria tiene un sentido teológico, es un límite, una línea en forma de cruz y ella señala el gran misterio de la corredención. Y este sufrimiento, que paradójicamente nos sumerge en la soledad y en la más eficaz comunión con los hombres, nos abre al ser más profundo de las cosas y a la recepción de la Palabra. La Palabra se sumerge en nuestro espíritu como en un gran silencio y se adueña de todo el espacio y dilata este espacio, y así el espíritu progresa de claridad en claridad.

Por eso el Señor hablaba a los pobres, a los enfermos, a los perseguidos, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los que lloran, porque ellos estaban abiertos a la fuerza dinámica de la Palabra, y el silencio interior de los que sufren es mucho más profundo y rico que el silencio fabricado de propósitos y de esfuerzos por otra parte muy meritorios y eficaces. Digo silencio, pues el sufrimiento, cuando no es sublimado, es todo lo contrario de un silencio, es el ruido de las tormentas, las pasiones silban heridas y se contorsionan como árboles débiles.

Y junto a la unidad espiritual y al sufrimiento, la receptividad de Su Palabra supone el contacto con esa Palabra, el contacto del alma con las Sagradas Escrituras. Para recibir la Palabra es necesario leerla, leerla con la avidez con que se recibe una plenitud personal, leerla con la calma con que uno se sumerge en la transparencia de la luz, leerla otras veces deletreando lentamente con la limpidez y el esfuerzo y la sencillez de un niño, leerla con la fruición de la comunicación más íntima de un amigo, leerla siempre con el amor con que se recibe la voz y el pensamiento de aquellos que más amamos.

Esta lectura tiene ritmo muy diferentes, a veces hay una imperiosa necesidad de leer sin interrupción todo un capítulo o una epístola completa, otras veces es suficiente un versículo, una o dos palabras a las que días y días el alma se adhiere con fruición y hondura, y es como si todo el mundo y toda la revelación se condensara en esa palabra, en ese versículo. Qué descanso experimenta el espíritu cuando pasa de los manuales y libros y todos los escritos de los hombres al contacto directo con la Palabra.

Supuestos los factores del contacto con la Palabra, de la unidad espiritual y del sufrimiento, entonces es posible el acto de la *apertura* del espíritu a la Palabra.

La Palabra entra como una voz que se va proyectando en ondas cada vez más amplias y cada facultad la recibe como a su forma y estructura y hay la experiencia de *pensar con amor*. No hay en esta receptividad ni método psicológico, ni técnicas físico-psíquicas, como no las podría haber para escuchar la confidencia perfecta del amigo: La penetración de la Palabra es una experiencia muy simple y siempre íntima y personal. Quienes saben cómo un amigo recibe a un amigo y su voz, conocen o pueden vislumbrar qué significa recibir la Palabra.

II) *La Palabra es oída*

“Es en el que vosotros también, después de haber *oído la Palabra de verdad*, la buena nueva de vuestra salvación, y de haber creído en ella habéis sido marcados con un sello por el Espíritu de la Promesa, el Espíritu Santo” (*Efesios 1,13*).

“Entonces, cuando un silencio apacible envolvía todas las cosas y que la noche llegaba a la mitad de su curso, desde lo alto del cielo, tu Palabra todopoderosa se lanzó del trono real” (*Sb 18,14-15*).

Oír la Palabra de verdad. Oír es la actitud del espíritu por excelencia, del discípulo, del hijo, del que es pobre de espíritu. Los que están satisfechos con su propia palabra interior, con su palabra vital, los que son ya demasiado grandes y no son niños en algún aspecto de su vida, no saben ni pueden oír. Ignoran esa plenitud, ese goce profundo, que es oír. Recuerdo la música del oído y de la inteligencia de algunas conferencias y clases notables. Recuerdo la experiencia feliz y tan sutil cuando mi madre me hacía cerrar los ojos y oír la conversación de cada árbol, mi alma se afinaba como el rece ligero de las hojas inquietas. Recuerdo la serenidad de mi espíritu cuando en la barranca solitaria oía desde lejos el ruido de los barcos, voces inteligibles que se mezclaban con el cercano aleteo de pájaros. Recuerdo la invasión de belleza en mi espíritu cuando oía los conciertos de Mozart y de Bach en un silencio y quietud absolutos. La música tocaba entonces, todos los interiores resquicios y el alma reposaba en el ser como en su fuente y en su término.

Oír la Palabra equivale y exige un gran vacío, es necesario que “un silencio apacible envuelva todas las cosas”. Vacío de preocupaciones, de inquietudes y aspiraciones legítimas, de todo eso que es la trama de nuestra vida diaria. Si nos acercamos a la Palabra llenos de ese ruido subjetivo, de esa interior conversación de nuestras potencias, la leeremos y tal vez la entenderemos, pero no la oiremos como aquello que resuena, encanta e informa nuestro ámbito interior, no habrá esa fusión íntima, esa *encarnación de la Palabra*. Este silencio es ascético, no es todavía ese silencio íntimo que es la expresión más alta del amor. Es este un silencio que exige un esfuerzo, una acción rectificadora de toda la voluntad. Es comprender que todo este vocerío interior, todas estas imágenes que se cruzan y se mezclan son un resultado de nuestra dimensión espacio-temporal y que es necesario trascenderse y establecer ese silencio que es pureza y dilatación. A veces es suficiente un instante para recoger las potencias y dejarlas en ese vacío receptivo. Otras veces y en otros temperamentos más impresionables, más nerviosos, más imaginativos, es necesaria una acción que se prolonga todo el día. No obstante este recogimiento, que no debe confundirse con la *concentración*, sino que es silencio y unificación, no debe ser algo duro, forzado, que coloque al sistema nervioso y a toda el alma en tensión y rigidez vigilante.

Ni mucho menos ser una actitud impuesta por otra persona o por intereses y factores extrínsecos al del interior deseo de oración. La oración es una *gracia interior* con exteriores exigencias, pero no es nunca el *resultado* de una postura exterior. Por eso san Benito coloca la humildad y el recogimiento del porte exterior en el duodécimo y último grado de humildad, porque es el último efecto, no la causa de una realidad profundamente interior. Esto es necesario tenerlo en cuenta en los que se inician en la vida de oración, en la formación de los que se inician en una vida de oración. Todo lo ficticio, lo

realmente no exigido no es camino del silencio, sino una disonancia más y muchas veces en repercusiones muy negativas en el espíritu y en el psiquismo. Estos minutos previos, antes de abrir el alma a la Palabra son fundamentales, como ese gran silencio en una sala antes de oír una sinfonía. “Y la Palabra se larga desde el trono real”. Los ojos la leen, pero ella en su contenido misterioso se lanza al alma como una luz que viene desde el seno de Dios, como la resonancia multiforme de la única voz que el Padre pronuncia. El alma recogida y silenciosa, profundamente vacía, lee el Evangelio, los Salmos, las Epístolas, el Génesis... y oye la voz del Padre que le entrega el gran misterio de Cristo, que la sumerge en “Sus entrañas de misericordia”.

Oír es esta compenetración con la Palabra que no implica, de ninguna manera arrobamiento, ni un sensible entusiasmo, ni otros elementos que no obstante pueden darse por don gratuito de Dios.

A veces este oír se efectúa en una gran avidez interior, son esas horas en que toda la Palabra de Dios significa una sola cosa: *Abba* Padre, y en que toda la respuesta es un movimiento del alma que dice: *Abba*-Padre. A veces es necesario pronunciarlo, decirlo muy despacio como si fuese una concentración fonética del corazón. Qué dulce es esa costumbre oriental de reducir la oración a repetir el nombre de Jesús como una respiración, como un ritmo vital. En algunas horas de extrema oscuridad esta oración es la única posible y Dios la recibe con un amor entrañable.

Oír la Palabra no significa recibir en el interior “nuevas revelaciones”, es simplemente interiorizar la Palabra ya revelada con una receptividad enteramente filial. El afán y el esfuerzo por oír “una particular revelación” puede apartar del verdadero camino de la oración y hacer muchas veces intervenir la imaginación y una afectividad no purificada y sublimada en la vida del espíritu.

“La noche llegaba a la mitad de su curso...”. El espíritu conoce sus horas y las conoce en su relación trascendente con Dios. Hay un mediodía con sus matices multicolores, la luz cálida y dorada, la acción y la fuerza. Todo es nítido, dinámico y ferviente. Hay una medianoche oscura, silenciosa, humanamente es como una hoquedad, como un inmenso ambiente sin luz, sin fuerzas. En cambio, el espíritu conoce en esa plenitud nocturna la hondura del pecado, la miseria de la creatura, la abyección elegida por Cristo al unirse hipostáticamente a la creación. En esa medianoche experimenta el gran misterio de Jesús que se hizo “maldición”, “pecado” y un “arrojado” y es en esa mitad de la noche, como una “partición de medianoche”, que la Palabra es oída por el alma, y a veces oída como algo extraño, come algo que “no dice nada”, como algo que no tiene conexión con nuestra vida ni resonancia en ella, sin embargo en esas horas es necesario leer, deletrear la Palabra, y la Palabra es oída misteriosamente como Jesús en la hora nona recibía el amor y la Luz inefable del Padre. Casi diría que es en estos momentos que la Palabra debe ser más oída y que es más vivificante. Buscar iluminar artificialmente esta noche, buscar la palabra compensadora del propio razonamiento o del consuelo humano sería no captar el golpe tremendo del pecado en la carne de Cristo y cómo esta noche es luminosa con “la única lumbrera del Cordero”.

Y después de haber oído la Palabra y creído en ella, somos marcados por el Espíritu Santo. El Amor se nos da como un “sello”, somos luego pertenencia del Amor sustancial y estamos en el mismo movimiento intratrinitario. Oír la Palabra nos dispone y obra en nosotros esta acción del Espíritu Santo. Somos interiormente consagrados por y en el Amor. Y se establece este maravilloso círculo: la Palabra conduce al Espíritu y el Espíritu da testimonio de la Palabra. Y el alma vive este ritmo interior como una música viva. Cuántas almas hacen una verdadera fantasía de la acción de los dones, no perciben que el Amor obra muy simplemente pero muy verdaderamente y siempre el resultado es una plenitud de “caridad no fingida”, de gozo y de paz. Oír la Palabra es oír la voz del Amor porque “Dios es caridad”.

Estamos llamados a esta entrega al Espíritu Santo y Él nos va connaturalizando a fin de que podamos vivir la vida intratrinitaria. Y el Espíritu Santo se desposa con el alma que se ha abierto a la Palabra como la tierra eficaz de la que nos habla el Evangelio. Y es el Espíritu Santo el que nos enseña a orar porque Él sabe qué conviene decir y es Él quien nos da el espíritu filial y aumenta en nosotros, por lo

tanto, la capacidad de oír. Se establece un verdadero círculo receptivo del Espíritu Santo y de la Palabra y esta progresiva hondura no es sino el progreso en la oración.

III) *La Palabra es conservada*

“Nadie puede resistir a tu voz” (*Jdt 16,14*).

“Hay quienes han recibido la semilla en tierra buena, escuchan la Palabra, la *acogen* y llevan fruto, treinta, sesenta o cien por uno” (*Mc 4,8*).

“Nosotros acogiendo la Palabra, en medio de tribulaciones, con la alegría del Espíritu Santo” (*I Ts 1,6*).

“He aquí por qué de nuestra parte, no cesamos de dar gracias a Dios de que una vez recibida la Palabra de Dios... vosotros la habéis acogido...” (*I Ts 2,13*).

Hay algo más que recibir y oír, y es guardar, conservar. Lo cual significa e implica sumergir “la semilla” hasta el mismo centro de nuestro ser en una identificación vital. En las horas de oración, y en lo que ya debe ser una vida de oración, es menester “conservar” la Palabra. Si recibirla es apertura a la misma, conservarla es cerrar las puertas detrás de ella y *dejarse fecundar* como la tierra que aprieta la semilla y se entrega a su proceso de vida en quietud y donación. Tal vez, este sea el momento más difícil de la oración porque implica la silenciosa donación a la Palabra que es en adelante, sangre de nuestras venas.

Conservar la Palabra exige entonces:

- silencio unitivo
- asimilación vital
- contemplación amorosa
- donación oblativa.

Ya no es un *silencio* hecho sólo de esfuerzo, el más profundo producido por el sufrimiento. Es ahora un silencio unitivo, el silencio del amor. La Palabra suprime toda otra palabra, el alma se encuentra ante la expresión del amor de Dios, de su mismo ser y el silencio amante es como la expresión de esa receptividad unitiva. Es un silencio enteramente dominado por el Espíritu Santo que se adueña de todas nuestras facultades y las sumerge en quietud adorante. La Palabra es acogida como una plenitud interior que establece en nosotros una maravillosa unidad y nos une a ella tan total y amorosamente que toda esta unidad no se expresa sino por un divino silencio.

Nada sumerge tanto al alma en este silencio, como la Eucaristía y la Palabra. Conservar la Palabra es entrar en este silencio, es introducirla en el ámbito más verdadero y profundo de nuestro amor y allí no forzar pensamientos, reflexiones, conclusiones, propósitos y demás actividades, sino simplemente unirnos en silencio.

Es muy importante tender hacia este modo tan profundo de receptividad, hacia esta máxima interiorización de la Palabra. Acoger la Palabra es *asimilarla vitalmente*. La Palabra entra en nuestro mismo dinamismo y es como el centro y fuente de nuestra operación. La vida propia surge estructurada por la Palabra, ella corre por nuestras venas como una sangre de verdad y de vida. Nuestros sufrimientos, nuestra fe, nuestra caridad se expresan como naturalmente con la Palabra, y el misterio que ella encierra es intuitivo como algo profundamente interior y vital. Esta asimilación es imposible sin la acción del Espíritu Santo y sin las virtudes teologales. Es en el amor y bajo su dirección que la Palabra de Dios deja de ser algo meramente entendido y gustado y se torna eje vital de nuestras existencias. Es interesante observar qué finas se van tornando las almas, qué seguras en la configuración con Cristo a medida que se unen más y más con la Palabra. Esta asimilación vital, qué

vacíos exige y qué disponibilidad al Espíritu Santo. Es Él quien introduce la Palabra en el corazón y allí ella deviene dinámica. Por eso en estas horas de oración, de contacto con la Palabra, el corazón debe aguardar muy puro y muy vacío de tantas cosas que constituyen “nuestra vida”. Cuando la Palabra ha entrado en el corazón y es “guardada” se torna como la respiración de nuestro ser y nuestro verdadero eje vital. El corazón a veces se detiene días y semanas en una palabra de la Sagrada Escritura y todo el ser experimenta como si esta palabra fuera ligando y unificando todas las potencias y vivencias como un punto decisivo y estructurador. Acoger la Palabra es *contemplanla amorosamente*. Esta contemplación se opera en tres momentos simultáneos:

- intuición;
- reposo consciente en la verdad intuida;
- goce, absorción, inmersión fruitiva en la belleza intuida.

El amor penetra en la Palabra, en su mismo misterio y capta de una manera directa uno de sus aspectos, es esta mirada simple del alma que en el silencio del amor entiende la voz “cuyo sonido es como el bramido de muchas aguas” (*Ap*). La contemplación no es un vacío, un estado de ausencia, de tensión de las facultades despojadas de todo contenido. No es un ejercicio de ascensión en el vacío, sino una mirada captativa de una plenitud.

Pero además de intuición, esta contemplación es reposo consciente en la unidad intuida. Es esa permanencia dilatada de aquello que el amor ha descubierto. Uno no quisiera que ningún pensamiento, ningún contacto, nada, viniesen a separar o a turbar este reposo. Es estar en la playa desierta cara al sol desprovisto de todo ese activismo interior que nos acompaña más de lo que nos damos cuenta. Hoy es difícil hablar de reposo en una verdad intuida, simplemente porque no se cree en la verdad y no se cree en el reposo. Es difícilísimo aun en el orden meramente natural encontrar quienes *sepan detenerse* en quietud frente a una verdad, en ese caso racionalmente lograda. No poseemos hoy este *hábito* del espíritu de reposar en la verdad, por esto nunca nos connaturalizamos con ella. Pero quienes guardan la Palabra, intuido el misterio que ella descubre, reposan como sobre el mismo corazón de Jesucristo, Verdad del Padre.

Y *contemplan amorosamente* la verdad es finalmente el goce y la fruición en la belleza intuida en la Palabra. Esto es fundamental para acoger la Palabra. Es esa alegría del amor que reposa en el misterio descubierto. Es extraña esta alegría, pues convive muchas veces, con extraños sufrimientos. Contemplan amorosamente la Palabra es asombrarse y llenarse de gozo como María Santísima cuando fue invadida por el Verbo. Es difícil describir esta alegría en el momento supremo en que la Palabra es recibida, en que circula por nuestras venas algo nuevo y en que la Palabra nos ha sumergido en ella como en un mar de quietud y de delicias. El mundo y todo este tejido de problemas, qué pequeño y qué ubicado se percibe en este gran misterio que en múltiples facetas intuimos. Todo se ajusta y todo se explica aunque no tengamos la explicación de nada. Esta fruición y este reposo nos llevan de claridad en claridad y la Palabra es acogida como una fuerza vital, como un vigor nuevo y fundamental, inmerso en nuestro mismo centro de vida. A las almas hay que conducir las a este reposo, y a esta alegría, ello es fundamental para salvar nuestro mundo actual y para darle lo más profundo y auténtico de la vida cristiana. Si somos capaces de alegrarnos, de reposar en la Palabra asimilada íntimamente, daremos a los infieles y a los hermanos separados el más atrayente testimonio.

Pienso que la genuina contemplación es muy simple y algo más profundo que algunas macabras descripciones sobre la subdivisión de la vida interior y sus fenómenos. Es, en última instancia, se siga el camino más arduo o el más sencillo, quietud y fruición en la Palabra que atraviesa el alma como una “espada de dos filos”, destruyendo y construyendo como una vida que desplaza lo que es extraño y alimenta lo que es propio o connatural. Cuando esta alegría en la Palabra es ya en nosotros un estado, entonces hemos llegado al mismo fondo de la oración. El alma se abre a la iluminación de Dios, planea en el misterio escondido de Su seno, y entra en la fruición admirativa de esa misma intimidad a pesar del movimiento y de las contradicciones del mundo. Porque no hay duda que a medida que nos con naturalizamos con la Palabra padeceremos más y más la contradicción del mundo y de su tejido de mentiras y de falsas perspectivas. Nuestra alegría de la amorosa contemplación es la

plenitud que encuentra el alma en su reposo y asimilación de la Palabra y esta plenitud y este contacto es siempre muy personal e irrepetible. Creo que hay almas que se estropean queriendo forzosamente franquear estadios, calzar en esquemas que han sido muy bien teorizados o muy bien vividos en algún caso concreto. Pero es más o menos como leer la quietud y la alegría en el amor de dos personas y pretender universalizar esta experiencia. El amor es irrepetible, y lo es también el modo como la voz de la Palabra del amado entra en el corazón amigo e íntimo y sus resonancias de goce y de acción.

Sabemos sí, que esta hondura del amor, en la luz y en la oscuridad de la fe, convive con una alegría profunda y la requiere.

Y finalmente la exigencia más radical para que la Palabra “sea guardada” es la “donación oblativa”. Si analizásemos más minuciosamente la contemplación veríamos que ella tiene como un doble movimiento, como un ritmo. Uno es pasivo, es el reposo, otro es activo y es la donación. El amor vive estos estadios con toda naturalidad. Los seres de este mundo que se aman descansan en la mutua compañía, en la comunicación y a la vez se entregan más y más. Con Dios ocurre esto en grado sumo.

Necesariamente hay este momento de entrega, de donación absoluta, no obstante siempre acrecentable, del propio ser. Cada vez que tenemos contacto real con la Palabra, y la “conservamos” nos *damos* a su exigencia. Y siempre la tiene. Y nos damos con esa absolutez de nuestros momentos principales o de todo lo que es propio del amor. Esta donación oblativa es un momento último y esencial en la oración. Tampoco aquí es posible detallar cómo y en qué aspectos comienza esta entrega, porque fijaríamos un orden que es perfectamente libre y flexible. Esta donación es a la Palabra en el mismo centro del alma y en el mismo seno de la Santísima Trinidad. Es la entrega a la acción de la Palabra. Y es entrega simultánea al prójimo “a quien se ve”. En el prójimo uno da “cumplimiento a la Palabra”, percibe una nueva relación con él, y se entrega “viviendo la Palabra”.

Si no se llega a este momento de la donación, podemos correr el riesgo de quedar encerrados en un proceso equivocado aún con buenas apariencias. Nuestra donación oblativa será el mejor síntoma de que hemos “guardado” la Palabra. Los que nos rodean tienen el derecho de vernos “donados” a la Palabra, y al prójimo en esa Palabra. Nunca debiera ocurrir como en aquella circunstancia en que una persona “muy de oración” mientras atendía una visita, estaba sacando a cada momento el reloj y diciendo entre dientes, “se me pasa el tiempo de la oración”. Esto no justifica la disipación ni la falta de horario y de un interés serio por intensificar la oración en un tiempo determinado, ni tampoco hay que caer en la puerilidad de confundir “donación” con “estar” con las personas que nos rodean.

La donación oblativa es algo tan profundo y total que plenifica en su movimiento a la persona y le da su más verdadera dimensión. Es el término de la acción eficaz de la Palabra, es el fruto de la contemplación. Es el momento en que nuestra oración trasciende y que el Verbo que es la oblación del Padre al mundo, realmente toma posesión de nosotros y nos hace eso: una suprema y constante donación.

La oración culmina y se resume en esta entrega al fuego constructor de la Palabra en el seno de Dios y en medio de una humanidad impaciente, calculadora y mezquina, pero en última instancia aquella con la que Dios hizo eterna alianza.

Abadía de Santa Escolástica